Descalzos o en **chancletas**

revista de escritura expresiva

publicación semestral, número 8, julio - diciembre de 2022

Revista de escritura expresiva: Descalzos o en chancletas
Publicación semestral, Número 8, Julio - Diciembre de 2022
ISSN: 2954-7431

Editora: Martha Fajardo

Comité editorial:
Martha Fajardo, Daniel Lopera, Marcela Morado, Luisa Fernanda Pérez.

Autores para este número: Natalia Sandoval, Jhon Kirkburt, Hyoni Sair Arenas, Argenis Ortigoza, Alejandra B Gutiérrez Y, Elisabeth Arias, Jennifer Catalina Serrano Murcia, Luis Alejandro Cuy Ramírez, Gabriela Olaya Gómez, Laura Sofía Galindo Carrillo, Ana Lucia Vásquez Perdomo, Dahian E. Ortiz Melo, Lica, Alex D. Cardozo, Mónica Rozo Rey.

Fotógrafas de este número: Edna Constanza García Melo, Layla Forero y Sandra Gutiérrez Abella.

Diseño:
Marcela Morado, Luisa Fernanda Pérez

Foto de la portada: Layla Forero

Descalzos o en chancletas es una publicación de la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.
Los pensamientos expresados son responsabilidad de los autores y sus chancletas.

Año 2022. No.8
Universidad de Ibagué

Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales

Acreditación de ALTA CALIDAD Unibagué

Universidad de Ibagué
Comprometidos con el desarrollo regional

ÍNDICE

EDITORIAL 5

COINCIDENCIAS
Natalia Sandoval 8

EL EMBELEQUERO DESPLAZADO
Jhon Kirkburt 12

EL MEDIODIA
Hyoni Sair Arenas 17

AMOR VERDADERO
Argenis Ortigoza 19

DESESPERANZA PLAGADA DE INSECTOS
Alejandra B Gutiérrez Y 21

UN TRABAJO LLENO DE CAOS
Elisabeth Arias 24

TENER O NO TENER LA RAZÓN, ESA ES LA CUESTIÓN
Jennifer Catalina Serrano Murcia 28

UNA MARATÓN POR VIOLETA
Luis Alejandro Cuy Ramírez 32

LUNES 23 DEL 20
Gabriela Olaya Gómez 36

ME COSIERON COMO A UNA MUÑECA DE TRAPO
Laura Sofía Galindo Carrillo 41

MI GRAN AMIGA LA BICI
Ana Lucia Vásquez Perdomo 45

PASIÓN DE PEQUEÑA, RODILLAS DE VIEJITO
Dahian E. Ortiz Melo 48

PALABRA DE DIOS
Lica 52

TODO LO CAMBIAN POR ROBOTS
Alex D. Cardozo 54

IBAS SOLA
Mónica Rozo Rey 57

EDITORIAL

En primera persona

Ignoro cuántas revistas de “expresión literaria” hay en el planeta. No sé cuántas revistas reciben lo que les llega, trabajan con sus autores hasta lograr consensos gramaticales (si es que la frase realmente no se entiende) y publican, porque es su política dejar libre un espacio para quien quiera expresarse por escrito.

Esta revista nació como un grito. Había que hablar porque nos estábamos ahogando en el miedo y la incertidumbre. Nos buscaba un virus para matarnos, para poner de cabeza toda rutina y cotidianidad.

Dos años después, estamos regresando a lo que llamamos normalidad. Sin embargo, algunas cosas cambiaron, se transformaron y desde adentro también hubo cambios. Descubrimos un mundo por fuera del horario laboral o cruzado con él. Vimos nuestra casa con otros ojos, construimos hogares llenos de plantas. Decoramos aquel rincón para destinarlo a leer o a hacer algo que nos gusta mucho. Aprendimos a usar las madrugadas para trabajar porque los computadores y la conexión a internet llegaron a nuestras casas y se instalaron.

“Descalzos o en chancletas” ahora suena a un título extraño. Volvimos a usar zapatos para trabajar. Sin embargo, esta revista es como ese rincón que arreglamos en casa. Ahí está, tuvo una inversión de tiempo considerable y nos llama, de vez en cuando, para que hagamos una pausa, para que recordemos que más allá del trabajo somos seres con sueños y pretensiones no materiales. No todo está en satisfacer necesidades básicas.

La revista va recibiendo cada vez más escritos de estudiantes del taller de escritura creativa de la Universidad de Ibagué y del taller RELATA-Liberatura. Cada vez más sus páginas se llenan con temas como lo que nos pasó en la guerra que vivimos y que no fue declarada. Estamos en transición hacia momentos de paz,

o al menos de un estado que no hemos vivido y en el que necesitaremos acopio de mucha imaginación, pues es un camino nuevo. Como país no sabemos qué significa vivir sin el acoso de la violencia en los campos, sin el miedo a ser víctima civil. Esto queda consignado en muchos escritos de esta edición.

Como editora los invito a leer y a seguir expresándose. Es muy importante escribir en primera persona, leerse, verse publicado y tener la oportunidad de mirar los escritos propios con la distancia que ofrece lo que está organizado editorialmente. Aquí está el rincón que hemos creado para que continuemos susurrando, gritando, hablando, cantando, escribiendo.

Edna Constanza García Melo

Coincidencias

Natalia Sandoval

Del otro lado de la puerta escuchó el sonido de unas llaves pesadas tropezando contra la cerradura. Se agachó como pudo, y vio la sombra de unas botas, era él. Ella, apagó su programa concurso favorito y miró el reloj, era la hora usual de su llegada, así que se paró rápidamente, encendió los fósforos y el fogón empezó a calentar el cuncho de café sin colar.

De la mesa de centro, tomó el periódico y lo puso cerca a la silla de mimbre donde siempre se mece y vocifera contra los rojos que quieren tirarse el país. Las llaves seguían sonando del otro lado.

Pasaron unos cinco minutos y su gruesa figura se colaba por el vidrio calado de la entrada, al parecer, otra vez traía trocadas las llaves de la oficina. Ella apagó al fogón y decidió abrir tímidamente la puerta, sin hacerle sentir que estaba viejo e inútil. Deslizó el cerrojo y se fue a la cocina prendiendo el chorro del platero donde no había platos por lavar.

Lo vio sentado en el sofá, sin tomarse el café, sin abrir la prensa y mirando fijamente la mesa de las fotos, como si no supiera quiénes eran, como si no fueran las mismas fotos del paseo a la playa de hace 40 años. Con su mano derecha mecía la silla de mimbre, y extrañamente, aún calzaba sus zapatos.

Ella no sabía si interrumpir el silencio preguntándole cómo le fue o quizás expresarle que lo veía raro. Mejor no dijo nada.

Efraín no entró al baño, ni se cambió los zapatos por las chanclas plásticas del lado del nochero. No soltó su bolso de cuero y continuaba perplejo mirando la humedad en la pared de la sala. Tenía la duda sobre si preguntar por la pared que estaba por caerse o romper el silencio pidiendo el monto de los recibos por pagar.

A las siete empezó el noticiero y Alba sirvió en el comedor calentado con jugo de mora. Juntos pasaron a la mesa y ella no sabía si preguntar dónde había estado todo este tiempo o mejor si todavía le gustaba el calentado de frijoles. Los dos

resolvieron mirar las noticias para no cruzar las miradas, ni las palabras. Efraín dudaba si preguntar cuándo fue ese viaje a la playa o tal vez qué había pasado con la chapa del portón, pero se quedó en silencio. Terminaron el calentado al tiempo del noticiero y el silencio permaneció hasta que sonó el lavabo.

Alba se lavó los dientes después de fregar en silencio los platos y se puso su pijama de siempre, se quedó en la sala tejiendo crochet mientras esperaba la novela. Efraín decidió acostarse mirando el techo con la ropa y botas puestas, pues aún no sabía qué preguntar primero si dónde estaban las chanclas o mejor por qué lo había dejado entrar a su casa.

Alba no avanzaba mucho en la costura, no hizo media cadeneta. Pensaba en ir y preguntarle sin reparo por qué había decidido forzar la puerta de su casa o mejor empezar por recordarle tomarse las pastas de la tensión.

Alba cerró las cortinas, apagó las luces de la sala y se fue al cuarto de planchar, decidió alistar la ropa del día siguiente, pero la asaltaron dos dudas que solo él podría responder ¿Qué camisa iba a ponerse mañana? y ¿Quién era él? y ¿Por qué estaba en su cama?, pero planchó en silencio y se guardó de nuevo las preguntas.

Efraín no cerraba los ojos, estaba tirado sobre la cama doble vestida con un cubrelecho de crochet, en la mesa de noche; un vaso de agua y las pastas de la tensión que nunca en su vida había necesitado. Quería romper el silencio y preguntarle a la mujer del cuarto vecino por qué no venía a dormir o, más bien para empezar, preguntar cómo se llamaba y por qué vivía sola en una casa con cuatro habitaciones.

Justo antes del amanecer Efraín decidió que diría toda la verdad. Le confesaría a esa buena mujer que él era un viejo con alzhéimer, solitario y vacío y que había llegado a su puerta, porque después de 40 años de recorrer el mismo camino, había olvidado cómo llegar a casa. Efraín estaba resuelto a agradecerle haberlo dejado pasar la noche allí mientras recordaba cómo volver a su casa. Le prometía, a la señora de la casa, no volver a molestarle.

Alba en cambio decidió con entereza que apenas amaneciera le diría que no estaba loca, que lo dejó entrar porque pensó que su espera había terminado y que su marido había regresado 20 años después de que se lo llevaran en ese campero monte arriba. Planeó confesarle que ella esperaba que fuera el mismo

de las fotos de la playa, envejecido y abatido, después de tanta ausencia, de días y noches sintiendo el dolor de su desaparición.

La mañana llegó. Efraín pasó a la mesa, Alba sirvió el desayuno. Nadie habló. Él se sentó y bebió su chocolate caliente. Con determinación, se levantó de la mesa, tomó su saco, el bolso de cuero y antes de empezar cualquier conversación, inhaló y rompió el silencio diciendo:

—Nos vemos en la noche, mija.

Alba asintió con la cabeza y le ayudó a cerrar el portón agitando su mano mientras le veía caminar.

Sandra Gutiérrez Abella

El Embelequero Desplazado

Jhon Kirkburt

Tantico antes de la violencia, en mi pitico de tierrita, estábamos dichosos. Por allá en la Martinica, mi finca, El Palmar, conocida por sus cosechas de café. Éramos campesinos felices, vivíamos en una casa pingüita, hecha de madera, barro, paja y estiércol. Tenía pañete blanco, de puertas y ventanales azules. Para mí era billolina, suficiente para cinco guámbitas. Antón, liberales y conservadores se ayudaban, éramos amigos agradables, dispuestos a socorrer partos, las familias vivían picuncias. Éramos católicos prósperos, voluntariosos y honestos. De vez en cuando nos jondiabamos unos rajaleñas, embelequeados con cachonas bambuqueras, chupábamos chicotes, chispeábamos guarapo con anís, hasta que las mujeres nos daban jeta. Sembrábamos lo que daba la tierrita, pescábamos en la quebrada buenas cochejas. No faltaban las lombricientas, las chunchosas para la leche, hacíamos envueltos de moño, quedaba comida para los langarutos, hasta regalábamos ñervo. No faltaba el apeto. Terminábamos el día completamente abotagados.

Antón, a la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, se formó un guatuperio, salieron bandas con rivolveres y machetes, trasformados en matones, unos pícaros, otros bandoleros. Cogieron el monte a acribillar vecinos opositores. Los chulavitas eran la policía, los putos machos hacían rivalidad destrozando cielos, unos defendiendo familias, los demás se levantaron con gritonas, protestando por la mala situación del país. No importaron confianzas, los colores decidían la muerte. Nuestra tierrita se volvió jipata, se acabó nuestra herencia, la tradición se largó al carajo. El odio acabó con todo.

Fue en un paramito de agua, cuando los Cachiporros destrozaron a tronchazos al atembao de Jaime Rodríguez, mi cacha, le dieron en la mula a su familia. Su finca quedaba continua a la mía, así que seguíamos nosotros. A la siguiente noche, mis vecinos nos buscaron para matarnos, salimos con las quimbas puestas a zancadas. Camuflados entre chamizas, pasamos con mis guámbitas y mi mujer, tres días y sus noches interminables. Llevábamos para las güipas un túmbilo y un joto de colchas pardas. El miedo nos llenaba el buche, sellamos las tripas, olvidábamos tintiniar. Fue un susto espantoso.

Los enemigos estuvieron a diez pasos de nosotros, casi nos da un yeyo. Mi esposa Julia imploraba silenciosamente a la virgen, no podíamos ni respirar duro, de chiripa se largaron. Guámbitas valientes sin comprender aquella situación, asustadas se tragaron sus berridos. Al no encontrarnos, estos bellacos quemaron la casa, mataron los chandosos, se robaron los mochos. Acabaron hasta con el nido de la perra. Tan solo nos dejaron con los chiritos puestos.

Al amanecer más cercano, salimos chontiaos, corrimos como alma que lleva el mandinga. Julia y yo cargamos a las dos más zurrapas, Cecilita y Teresita, Margot, Carmenza y Zenaida, estaban acostumbras a las trochas. Abandonamos el terreno de mi taita. Con gran tristeza dejamos atrás años de trabajo, la convivencia feliz que nos unió. Todo estaba berraco, se trastornó la gente, ahora era un sitio de tocados para peliar.

Buscamos refugio en lo más cercano, el rancho del señor Triana, persona que me compraba las cosechas de café. Arremuescados, berreamos allí. — ¡Eco! don Alfonso, ayúdenos, mis vecinos están culimbos, mataron a Jaime y su familia, querían hacer lo mismo con nosotros. —Tranquilo don Jesús Páez, vusté no sabe, asesinaron a Gaitán, más bien sigan, coman algo, tienen cara de chimbilás escurridos. Con mi familia a salvo y con petate para dormir, el señor Triana nos dio a conocer las malas noticias, —Colombia esta julenca, embejucada, hay un jurgo de alborotados matando gente.

Pensé en irnos al Huila, allí estaban varios parientes, pero la violencia dejaba un chichonera, un montón de asesinados a machetazos sobre todo en los cruces fronterizos, cuerpos llenos de sangre. Con seis mujeres a mi cargo y achilado, difícil realizar un desplazamiento sin desgracia. ¡Chambilo! era pior retornar a mis tierras, grupos armados se dedicaron a dar chumbimba. Guarapazos nos perseguían adonde fuéramos, salvo en nuestro nuevo refugio.

Espantamos el miedo en la residencia del choneto Triana, cucurucho que cambalache por mí tierrita. Sin recatiar, sin papeles, más que el honor de la palabra. Él conocía la riqueza de la propiedad, para él valía huevo, podía darse el lujo de esperar a que se calmaran los ánimos. Quedé colino, que dolama, renuncie a mi disfrute, por infortunio. Extraño aquel gozo de mis manos en la tierra. Sin angaripolas, ya Cucho, me llevo el que me trajo.

Vocabulario - Jerga Tolimense

Acabaron hasta con el nido de la perra: *dicho que referiré de acabar con todo.*

Abotagados: *llenos.*

Antón: *entonces.*

Achilado: *sin dinero.*

Atembao: *persona de escaso entendimiento.*

Angaripolas: *adornos.*

Apeto: *apetito.*

Arremuescados: *agrupados.*

Bellacos: *picaros, bandoleros.*

Billolina: *bonita, bella.*

Berridos: *lloriqueos.*

Berraco: *valiente.*

Buche: *estomago.*

Cacha: *amigo, compadre.*

Cangrejeras: *sin rodeos.*

Cachiporros: *liberales.*

Cachonas: *guitarras.*

Cambalache: *cambiar por algo.*

Cochejas: *pescados, mojarras.*

Colchas: *cobija de retazos.*

Colino: *persona ofendida.*

Cucho: *viejo.*

Cucurucho: *casa pequeña y fea.*

Culimbo: *cuando una persona está equivocada en alguna cosa.*

¡Chambilo!: *expresión de asombro, de no creer.*

Chandosos: *perros.*

Chamizas: *ramas, arbustos.*

Chichonera: *tumulto, pelea*

Chimbilás: *murciélago.*

Chiritos: *ropa.*

Chiripa: *casualidad.*

Chispeábamos: *tomar trago.*

Choneto: *torcido, tramposo.*

Chontiaos: *salir corriendo.*

Chulavitas: *grupo paramilitar, conservadores.*

Chumbimba: *muerte violenta.*

Chunchosas: *vacas, ganado.*

Chupábamos: *fumar tabaco.*

Dolama: *dolor.*

¡Eco!: *expresión de asombro.*

Embelequero: *alcahuete.*

Embejucada: *enojada.*

Envueltos de moño: *tamales.*

Jeta: *dar cantaleta.*

Jipata: *ojerosa.*

Jondiabamos: *tomar trago.*

Joto: *paquete pequeño, atado con una cabuya.*

Julenca: *coja.*

Jurgo: *bastante, abundante.*

Guámbitas: *niñas pequeñas.*

Guatuperio: *aglomeración frenética de personas.*

Guarapazo: *golpe violento.*

Guámbito o güipa: *niño o muchacho, tanto de cariño o regaño.*

Gritonas: *escopetas.*

Julenco: *persona o animal, que cojea.*

Jurgo: *cantidad excesiva de algo.*

Langarutos: *perros.*

Lombricientas: *gallinas.*

Mandinga: *Diablo.*

Mochos: *caballos, mulas.*

Mula: *golpe en la cabeza*

Ñervo: *carne.*

Paramito: *llovizna.*

Petate: *cama.*

Picuncias: *personas creídas.*

Pingüita: *pequeña.*

Pitico: *pedazo de tierra.*

Pior: *peor.*

Quimbas: *zapatos.*

Rajaleñas: *ritmo musical, folklor, canto y baile.*

Recatiar: *vender sin preguntar.*

Rivolveres: *revolver.*

Salir chontiao: *huir a toda prisa.*

Tantíco: *un momento breve.*

Taita: *se refiere al padre o la madre.*

Timbo: *recipiente para transportar líquidos.*

Tintiniar: *orinar.*

Tocados: *locos.*

Tronchazos: *golpes fuertes.*

Vusté: *Usted.*

Yeyo: *desmayo parcial.*

Zancadas: *paso largo, apresurado.*

Zurrapa: *hija menor.*

Edna Constanza García Melo

El mediodía

Hyoni Sair Arenas

El calor era sofocante, pero las puertas y ventanas del pueblo de Toja permanecían cerradas. El padre Eusebio se encontraba sentado junto a la puerta de la parroquia. Su rostro sudoroso tenía una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda, sus labios eran resecos y su cabeza descubierta enseñaba una calva que relucía con la luz del sol. En los alrededores, se podía escuchar el murmullo de las personas, y desde grietas oscuras en la sombra, se asomaba algún ojo curioso, pero no había ningún rostro, tal vez temiendo que ellos los vieran.
Eusebio mascaba tabaco cuando los vio llegar. Las botas cubiertas con el barro de la selva, los uniformes de un verde desteñido y los fusiles colgando, como si se tratara de un pedazo más de sus cuerpos, un tercer brazo dormido que espera el momento para despertar.

Entre los que llegaron, uno se hacía notar por no llevar fusil, sólo un cuchillo colgado en la cintura. Era alto, con el rostro quemado por el sol y tenía una sonrisa que no podía disimular, sus manos eran grandes y acariciaba la funda de su cuchillo, mientras se acercaba a Eusebio.

—Buenas tardes, padre —dijo el hombre—. ¿Ya nos tiene su respuesta?

Pero él no le respondió, permaneció sentado en su silla y luego de un rato, miró a los ojos al hombre del cuchillo y escupió al suelo el tabaco que le quedaba en la boca. Los restos se mezclaron con la tierra y el polvo, formando una mancha que parecía de sangre. Cerca, se escuchaba el canto de una chicharra. Los hombres permanecían quietos, con sus cuerpos sudados y veían la escena sin hacer ruido, como muertos bajo el sol del mediodía.

El padre tragó saliva, tenía sed y, para consolarse, miró por última vez las casas del pueblo, las calles de tierra y el cielo que se extendía azul hasta donde alcanzaba la vista, sin una sola nube.

Sandra Gutiérrez Abella

Amor verdadero

Argenis Ortigoza

Yo estaba en la oficina del cuarto piso, mirando el arroyo sucio que atraviesa el barrio. Desde allá se veía bonito. ¿Eras tú? ¡Sí eras! Venías caminando por el andén hacia el edificio. Hablabas por teléfono. Recé para que un ladrón no te robara el celular. Acerqué y luego alejé mis ojos del vidrio del ventanal. Quería verte mas nítido. Cuando te perdí de vista, me apliqué muy rápido el labial, me estiré la blusa, empiné mi pecho y corrí hacia la escalera. Nunca tomas el ascensor. Descendí muy despacio. Cuando escuché tu voz, un huracán me arrastró lejos y me regresó al frente tuyo, con abundante saliva en la boca. Ignoraba tu nombre y amaba tu pelo, tu cara, tus brazos, tu pecho, tus nalgas, tus pies. Bueno ¡todo tú! Te sonreí, pero, tus ojos me miraron sin verme. Qué importa. Pensé que sí me viste. Olías a nada, e inventé una colonia de arbustos de páramo. Te miré por detrás y tragué la saliva. ¡Me gustabas mil millones! Y te quise a cambio de nada. Tu aura estaba hinchada de algo que me tocaba desde lejos. Me inventé un romance. Cantaba "Si fuera mas guapa y un poco mas lista, si fuera especial, si fuera de revista, tendría el valor de cruzar el vagón y preguntarte, quién eres...". Visitaba con frecuencia la ventana. Por fin volví a verte alejándote paralelo al arroyo. Eso era, por detrás, muy bien. Sin peligro de que te voltearas a mirar. "... apenas respiro me hago pequeñita y me pongo a temblar. Y así pasan los días de lunes a viernes, como las golondrinas...". Seguí cantando solo versos que me convenían, y agregué otros de mi desbordado sentimiento durante todo el año.

Layla Forero

Desesperanza plagada de insectos

Alejandra B Gutiérrez Y

La costumbre de tapar las ventanas con papel periódico aumenta el olor a trementina en el salón. Sobre una mesa están los pinceles, oleos, acrílicos, la paleta de colores y un lienzo preparado. El artista sentado frente al lienzo, lo observa con la mirada perdida. Su cabello y camisa están empapados en sudor. Con una mano rasca las picaduras de sus brazos y pantorrillas. Con la otra empuña un matamoscas. Hoy ha aplastado diez moscas, las telarañas han atrapado otras tantas y unos cuantos cucarrones.

Cantan los grillos en las esquinas. Partículas de aserrín rodean las patas de la butaca. Una cucaracha se ha filtrado por el deteriorado cielo raso. El pintor la sigue con la mirada. Ésta revolotea por el salón, se escucha cómo se golpea una y otra vez contra las paredes. Luego se posa en el centro del lienzo. El artista levanta el matamoscas y le lanza un fuerte golpe. Lienzo e insecto se van hacia atrás cayendo sobre la mesa. Ella queda patas arriba.

El pintor se sube a la mesa, la aplasta con un zapato y lanza un grito. La observa, es una mezcla de alas, cola y vientre desparramado en el cuadro. Esa figura abstracta lo cautiva, lo inspira. Busca entre las latas de insecticida una que contenga algo de veneno. Sale a buscar algún insecto entre la basura que lleva acumulada semanas. Atrapa y aplasta montones de hormigas, moscas, cucarachas, ciempiés y alacranes. Toda la noche distribuye los elementos en sus lienzos vacíos.

En la mañana los pone al sol. Al atardecer están secos, casi chamuscados. El peculiar olor de su arte lo oculta con empastes de acrílico. Publica fotos de sus creaciones en redes sociales. Recibe miles de “Like”. Vende los cuadros. Solo tiene una devolución; alguien se queja al descubrir una aparente mueca en uno de ellos. Los famosos hacen pedidos.

Como no encuentra insectos en el basurero, roba la basura de una fábrica cercana y la acumula con la suya. Después de una semana aparecen los insectos, estos son peculiares, asimétricos, cíclopes, albinos y con exceso de patas. Son perfectos. Continúa con su tarea; fumiga, pincha, desmiembra y deforma. A la experimental obra le añade detalles, para ello usa los moscardones verdes que pisan su cocina, así como las irregulares telarañas. Le toma mucho más tiempo de lo esperado hacer estos cuadros, parece que los insectos se niegan a quedarse en su lugar. Nuevos seguidores aparecen en sus redes. Aumenta sus ventas. El pintor compra millones en materiales, los guarda en su salón.

Al cabo de unos días baja el ranking de sus obras. Aparecen opiniones de los compradores; “al principio me encantaron pero ahora, no sé, lloro”, “los colores cambian de posición”, “el cuadro me observa”. Los críticos le rechazan, “no trasmite ningún concepto, “sus trazos son de conserje”. A la vez hay reacciones de “me gusta”, “me enoja”, “me asombra”. Casi todos los cuadros son devueltos. Los clavos y manchas de insecticida invaden las paredes del salón. Se ha extinguido cada despojo guardado en el refrigerador, así como los estallidos de los insectos. Sobre la mesa están las cuentas por pagar, el matamoscas, pinceles y acrílicos. De nuevo, este hombre está sentado frente a un lienzo de entramado grueso, en cuyos poros entre abiertos aún no se ha filtrado la luz, ni el pigmento, ni la forma, ni el sonido.

Edna Constanza García Melo

Un trabajo lleno de caos

Elisabeth Arias

En diciembre del año 2020 decidí quedarme un poco más de tiempo en Ibagué. Ya estaba en vacaciones de la universidad así que decidí ir a buscar trabajo. El día que inicié con la búsqueda no encontraba nada, ya eran las tres de la tarde, estaba cansada y no quería seguir caminando tanto, entonces le escribí a una amiga para encontrarnos.

Nos reunimos en el centro y fuimos a comer un helado mientras nos contábamos algunas cosas y, en medio de nuestra conversación, me dijo que donde ella trabajaba necesitaban nuevo personal. Así que, sin pensarlo mucho decidí ir en busca del empleo. Ella me acompañaba, llegamos a la calle 24, no era un lugar muy agradable, se veía un barrio peligroso, pero sin darle mucha importancia me presenté y me dijeron que sí podía trabajar allí, vaya suerte que tenía, encontré trabajo al primer día.

Al día siguiente llegué muy temprano a mi lugar de trabajo. Me encontré con el jefe, un señor mayor, muy buena persona y entonces me mostró el lugar, no se veía muy seguro, pero no di mucha importancia cuando él indicó mis labores pues, casi me voy de espaldas. Mi amiga ya le había contado que estudiaba Ingeniería Civil y, a este agradable señor, no se le ocurrió más que ponerme a cargo de todo el personal. Me dieron una excelente bienvenida, todas las mujeres que ya estaban ahí me miraron horrible, pues yo era mucho más joven que ellas.

No había pasado ni siquiera media mañana y ya entre ellas murmuraban y se burlaban de mí. Era demasiado incómodo, cuando daba alguna orden aun si les estaba pidiendo el favor no me prestaban atención. Ese primer día creí que no iba a poder. Terminando la jornada sentí que todo era un desastre, nadie me prestaba atención. Por todo había peleas, un caos total. Créanme, debí haber renunciado ese mismo día, pero no lo hice.

Llegué a mi segundo día de trabajo, decidí cambiar la forma de trabajar, pensé que iba a ser más sencillo y entonces puse un encargado de cada actividad, para que no todos me hablaran al tiempo, sino que solo una persona me diera las

inquietudes de su grupo. Pero ahí iba de nuevo, no trabajaban, se hacían los locos. Preciso al otro día había una entrega grande y nadie prestaba atención, como raro en mí, me desesperé y solo supe llorar, que manera tan absurda de solucionar problemas, lo sé.

No tuve más remedio que acudir al jefe, le dije que no podía más con ellos, que nadie me hacía caso y qué regaño el que me gané. Me dio una cátedra que ni mi papá me había dado, entonces entendí que no podía rendirme. Mi jefe me dio unas indicaciones específicas, me dijo que así podría manejar a todo el personal, y sí, tenía razón, pero ahora me odiaban mucho más, claro, no le di importancia, solo necesitaba que trabajaran.

Tercer día, fui con la mejor actitud, era mi primera entrega, pensaba dentro de mí «Me tengo que lucir, es la entrega del alumbrado para mi pueblo», ya estábamos terminando todo el sistema de alumbrados para el municipio. Ahí iba yo toda feliz a hablar con mi jefe, ya estaba todo casi listo, solo faltaba que llegaran los camiones. Entonces, él me indicó que enseguida llegara el transporte debía cargarlo máximo en una hora, y en ese instante llegaron. Es normal en mí andar a las carreras, salí apurada a dar indicaciones de cómo se iba a cargar el camión, pero claro como soy tan avispada decidí acortar camino, pensé «Nada me van a decir si entro por el portón del taller», que mala decisión, como iba a todos los afanes, no me fijé en nada. Resulta que esa entrada estaba hecha como en una especie de tarima con tablas, ninguna de ellas aseguradas y debajo estaban todos los escombros de varilla que ya no utilizaban, y voy yo, en medio de mi afán y pisé donde no debía. Solo pensé dentro de mí, «me maté». Había quedado colgando, le doy gracias a la tabla de apuntes que llevaba en la mano, si no hubiera sido por eso, me doy ni que golpe o hasta atravesada por varillas hubiese quedado.

Todos salieron corriendo a recogerme, en ese momento nadie me odiaba, ¿dónde había quedado el afán?, nadie estaba haciendo nada, solo se aseguraban de que nada me había pasado. Llegó Lucho, mi jefe, con una cara de que quería asesinarme, gritaba, «Por qué no han cargado esos camiones, usted es que no entiende que tenemos afán», Pues claro, aún no sabía que casi me mato. Cuando los demás le contaron lo sucedido él se calmó y decidió encargarse de eso. Yo, claramente me fui a la oficina a sentarme a llorar del dolor, no lo soportaba, era increíble ese golpe que me había pegado, casi me parto el brazo.

Terminó el día, yo no estaba haciendo mayor cosa por mi accidente. No quise ir al médico, pero entonces, renuncié, le di las gracias a Don Lucho por la oportunidad de empleo, pero le dije que no seguía más, eso no era un trabajo para mí.

Esa noche, al llegar a mi casa solo estaba pensando en que casi me mato, y en cómo calmar ese dolor tan insoportable de mi brazo, ahí, en medio de todo decidí jamás volver a conseguir un trabajo en cualquier lado y menos, si no era seguro.

Sandra Gutiérrez Abella

Tener o no tener la razón, esa es la cuestión

Jennifer Catalina Serrano Murcia

Actualmente, tengo 20 años. Sin embargo, desde que soy muy pequeña, cuento con la desgraciada fortuna de siempre tener la razón. Tengo un sexto sentido y una intuición aguda que me acompañan a todos lados. Soy esa amiga que siente las "vibras" raras de las personas, la que si dice "algo va a pasar" o les dice a sus amigos "ese/ esa no te conviene" siempre tiene razón. Me gané la fama de "mamá" con mis amigos e incluso tengo el privilegio de que hasta mi mamá pida mi opinión para personas o situaciones. Sin embargo, aunque mi orgullo se alegra al acertar en casi todas las ocasiones, muchas veces quiero no tener la razón.

Tengo la sensación de que, durante y después de escribir esta crónica, voy a disculparme con mucha gente por contar historias sin autorización además de exponerlas de esta manera. Pero bueno, es su privacidad o mi clase y vergüenza es algo que yo no conozco.

Este sexto sentido funciona de manera extraña, a veces lo siento desde el inicio de algo, ya sea un viaje, una relación o incluso conocer a alguien. Sin embargo, otras veces solo me levanto un día y el primer pensamiento que viene a mi cabeza es "algo no me gusta en esto", así, sin explicación alguna. Un día -perdón hermana- al despertar y desayunar vi al padre de mi sobrina en la casa, cuando aún mantenía una relación con mi hermana, no pude evitar repudiarlo. Decirle buenos días me pareció desagradable, incluso cuando el día anterior le había dicho hasta mañana sin ningún problema. Para no hacer la historia más larga, yo cada vez lo repudiaba más sin razón. mi mamá lo supo todo el tiempo y no lo entendía tampoco. Pasó lo que tenía que pasar y tuve razón, desde el día que yo lo empecé a sentir hasta el último día él estaba con alguien más a espaldas de mi hermana.

Durante mucho tiempo pensé que estaba loca o solo sobreactuaba a todo. Quizás solo era paranoica o, tal vez, mi desprecio hacia las personas había evolucionado a un nivel que yo no comprendía, pero las cosas seguían pasando.

Cuando tenía 12 años conocí a otras amigas de mi mejor amiga, como no estudiábamos en el mismo colegio, era la primera vez que las conocía en persona. No me agradaron -perdón Valen- para ser honestos, ni un poco. Luego, unos meses más tarde, llegué yo del colegio y me encontré en mi casa a mi mejor amiga llorando pues sus amigas la habían llamado a decirle que se habían accidentado. Todo resultó una broma para hacerla llorar. Creo que pueden asumir qué pasó después.

Pero lo peor para mí es, cuando, aunque sepan que no estoy loca, aun, opten por ignorar todas aquellas veces que les advierto de algo. Dicen que soy bruja o que tengo espíritu de mamá, no sé cuál sea la razón, pero ciertamente espero que sea bruja. No me gustan los niños, al menos no propios.

Hace poco, un amigo entró a una relación que le dije que no le convenía. Ella le terminó destrozando el corazón -perdón Juan-. A veces solo pienso en alguien, luego me entero que le pasó algo.

“No vaya, no le conviene”, ese pensamiento me ha salvado de muchos problemas y situaciones en las que podría haber perjudicado mi vida. “Hoy coja taxi, deje pasar ese bus”, otro pensamiento que llegó a mí de la nada segundos antes de parar el bus. La mañana siguiente, la radio me permitió enterarme que a ese bus que había dejado pasar, lo habían asaltado esa misma noche.

Pero, a pesar de todas las veces en la que tengo razón, o mi sexto sentido, al que me gusta llamar “ojo de loca”, me advierte sobre cosas malas, también me ha dado grandes esperanzas en la vida.

Mi familia siempre ha preferido los perros sobre los gatos, mi mamá es alérgica y mi hermana también. Yo, para ser francos, si pudiera tener un chigüiro en el patio, lo haría. Mis padres siempre estuvieron en contra de tener gatos, decían que ya teníamos dos perros y que era suficiente.” los gatos no son sino desagradecidos y callejeros”, decían siempre.

Un día, a mis 16 años en una caja de cartón, en el colegio, encontré un gatito abandonado. No tenía más de 15 días de haber nacido y mi ojo de loca me dijo "lléveselo, va a vivir con usted" y así, con la esperanza en una mano y un gato en la otra fui a mi casa. Al llegar, mi mamá me dijo que no quería más animales en la casa. Mi papá solo dijo "Está muy pequeño, yo no quiero tener nada que ver con esa porquería". Mis ilusiones se desmoronaron en ese mismo instante.

Ahora, la "porquería" tiene cinco años y come mejor que yo. Nunca había sido tan feliz de tener razón.

No sé, supongo que les voy a seguir advirtiendo de eso a mis amigos. Aun si ellos se dejan llevar, yo cumplo con mi parte, yo intento evitarlo. Igual yo voy a seguir haciéndole caso a mi don, sexto sentido, ojo de loca, o como quieran llamarlo. Ustedes que solo leen estas pocas historias, no tienen ni puta idea de qué tanto me ayuda.

Layla Forero

Una maraton por violeta

Luis Alejandro Cuy Ramírez

Aquel agosto del 2019 logré llegar a tumbos y en una sola pieza al comedor de mi casa, después de aventurarme a la finca de doña Astrid por unas exóticas semillas de farolillo de Cárpatos.

Cinco y media de la mañana. Me levanto con ánimo. Preparo el desayuno. En la oscuridad de mi cuarto me ocupo de mi aseo personal. Me coloco mis viejas y desgastadas zapatillas azules, una camiseta y una pantaloneta. Tomo mis objetos indispensables. El documento, un pequeño imán, una aguja y las llaves de mi casa. Por otro lado, mi tula lleva un pequeño botiquín, una navaja, una libreta con un lápiz y comida. A las seis de la mañana parto de la casa.

No hay nubes en el cielo. Colocó el sol a la derecha y encuentro el norte. Visualizo una lejana y alta montaña. Camino con un ritmo veloz y constante. Después de un tiempo me ubicó y anotó en la libreta: Falda de la montaña al norte de la casa, casi las siete. El sol empieza a saludar con un tono de voz más fuerte de lo habitual. Será un día soleado. Sigo el camino con poco temor de ser atacado por los perros silvestres. En mi mente, pienso en los farolillos de Cárpatos. La planta con flores violetas no es de por aquí. Es originaria de las míticas cadenas montañosas del sur de Europa. No es la única planta que crece en las rocas y tampoco es nativa y endémica de este continente. Solo la quiero y punto.

Aterrizó mis pensamientos. Anotó en la libreta: Entre las siete cuarenta, referencia 1. Gran edificio al este exacto 2. Camino que viene de la finca la esperanza. Miro detenidamente la ciudad. Ya no la veré más. Me adentro en el denso bosque. Curiosamente, la mayoría de las montañas del norte, aledañas a la ciudad, mantienen su bosque nativo. La caminata es cuesta arriba. Algo demasiado peligroso. Las hojas que caen de los árboles son una cáscara de banana. Además, ocultan las raíces, rocas, espinas y deslizamientos del suelo. Por otro lado, las ramitas de los árboles se tornan en lanzas puntiagudas presentes en cada centímetro. Los matorrales y grandes árboles caídos se vuelven impenetrables. Ir en línea recta es simplemente imposible.

Hace calor y la humedad aumenta. Trepo, me tiro, me retuerzo, me estiro, me rasgo y me encojo para poder surcar en el bosque. Voy en buen camino. Me guío por la brújula casera que tengo: un imán y una aguja. Llegó a la cima de

la montaña. Anotó. Entre las 10:30 y las 11, llegué a la cima, nuevo rumbo al noroccidente. Descanso. Me aseguro de no molestar a ningún insecto ni planta. Tomo mucha agua para no deshidratarme. Uso mi botiquín para cubrirme las cortadas y evitar una infección. Continuo con un ánimo casi intacto. La bajada en un bosque denso es peor que la subida. Me deslizo varias veces. Algunas veces mis piernas me detienen, otras veces me detiene el suelo, una planta o una rama y otras veces, no tan deseables, me estrello contra un tronco, me detienen los espinosos matorrales o simplemente caigo en mini barrancos. Llego al camino hacia la finca. Estoy adolorido. Anoto. 12 en punto, bajada rápida, finca al noreste, me desfase del curso.

Doña Astrid era ya una mujer de edad. Yo no la conocía muy bien. Fui directo después de saludarla. Me mostró la planta. Fue todo un fiasco. No era la planta. Me contuve y no le dije nada. Recibí las semillas y partí rápidamente. Aburrido, paré al lado de una trocha especialmente "curiosa". Un camino cuesta arriba hundido con dos grandes paredes de tierra. Después de descansar y comer me adentré en la trocha. Sin darme cuenta había caminado por varias horas la misteriosa trocha. No había llegado a ningún lugar. Inferí que estaría cerca de la ciudad. Armé la brújula casera y me dirigí al sur. Mi corazón empezó a bombear fuerte. Había llegado a la cima, pero no veía la ciudad. Me ubiqué con el sol, la luna que se asomaba y la brújula. Nada. Me había perdido. Eran las cuatro. Tracé una línea imaginaria hacia el sur del este y empecé un frenético descenso. No me va nada bien. Pierdo la cuenta de las veces que me estrellé contra un árbol. Me duele el pecho, los brazos, los tobillos y las rodillas. Evitó tocarme la cara para no mancharla de la sangre que sale de las cortadas. Tengo sed. Un profundo temor al regaño de mi madre al llegar tarde a la casa y miedo a estar en el bosque después de las 6 de la noche. Lo poco que se puede ver del cielo cada vez más oscuro me alienta a no parar. Correr en el bosque impulsado por la necesidad de salir es una actividad estresante. No hay ruidos conocidos ni la presencia de un humano. Todo te parece igual. La oscuridad llega al bosque más rápido que en la ciudad y corres sin un curso seguro. Una mano la tengo cubriendo mi cara y la otra preparada para sostenerme en mi próxima caída. Correr es complicado. Tienes que ser preciso, ágil, fuerte y temerario. El terreno cambia. He llegado a una parte más plana. Se escucha el penetrante y fuerte sonido de la ciudad a la lejanía. No paro de correr.

Salgo a un barrio desconocido. Me ubico rápidamente con los edificios de la ciudad que sirven de faros. La patrulla de policía me quiere saludar. Corro lo más rápido que puedo y logro ocultarme. Me tapo las heridas como si fuera un barco hundiéndose. Arreglo mi vestimenta para no ser tan sospechoso. Pido agua a los habitantes del barrio. No obtengo nada. Sigo corriendo. Estoy lejos

de casa. Ya son más de las cinco y media. Por razones personales, no cargo con dinero ni celular afuera de la casa. Mis propios medios me tienen que llevar a donde yo quiero. Y así sería. Por varios kilómetros solo pensaba en llegar a la hora de la comida. La gente me miraba mal. Murmuraban y se alejaban de mí camino. Me veían como un ladrón. No los culpo. Llegando a la casa me percaté de mi apariencia. Mi madre me iba a regañar.

Silenciosamente entré a la casa. Después a mi cuarto. Usaría todo lo que tenía en el botiquín. Me enrollaría como una momia. Me pondría un buzo de manga larga y una sudadera. Fingiría mi mejor sonrisa y saludaría a mi madre que estaba en la cocina. Las cosas fueron bien. Estaba acostumbrada a verme sudoroso y no en muy buen estado físico después de mis travesías a la montaña. Aguantando el dolor de mil demonios haría de todo para que no se notara que mis músculos no podían más. Lo único que me delataba. Un rostro paliducho de un cuerpo que había perdido sangre y que estaba a punto de desplomarse por deshidratación. Agote todo líquido disponible en la nevera. Y repetiría varios platos de comida. Dejaría la loza sucia. A las nueve de la noche terminaría de coserme y me acostaría. El otro día simplemente no me levantaría de la cama porque no podía.

¿Dónde está el norte, donde estoy ahora?, ¿Puedo llegar caminando?, ¿Sin un celular, qué puedo hacer?, ¿Puedo pasar varios días a la intemperie? Desde ese día, mi punto de vista cambió. Encuentro la belleza personal en lo complicado, lo funcional y lo trágico. Mi apariencia no tiene importancia, solo mis capacidades y valores importan. Valoro mis capacidades físicas, las únicas realmente propias. Son como un regalo divino, son inamovibles de mí. En un mundo donde el tramposo y bello triunfan por encima del leal, honrado y capacitado. Considero que mi punto de vista no le hace daño a nadie. Vivo en paz conmigo mismo y con los demás.

Edna Constanza García Melo

Lunes 23 del 20

Gabriela Olaya Gómez

Todo se tornó extraño aquel 23 de noviembre, un polvo blanco acompañado de un olor fuerte como a plástico invadía mi ser. No tenía certeza de lo que había pasado. Mi último recuerdo fue haber contemplado el cielo que brillaba ese día más de lo normal. Tomé una foto del mismo y abracé a mi perrito, sin saber que sería la última vez. Cuando reaccioné del impacto, no sabía si ese fino polvo blanco era el más allá o me había salvado de milagro. Un dolor intenso recorría mi pecho, afortunadamente el cinturón de seguridad había cumplido con su función. Recuerdo ver mis brazos llenos de marcas y mi blusa con manchas de un rojo vivo. Confundida miré de nuevo al cielo, pero ya no divisaba el inmenso azul, solo veía un gris penetrante, esquirlas de vidrios por todas partes. Ahí comprendí, por qué ese sería el peor día de mi vida.

Era un día radiante. El sol con su tenue resplandor anunciaba que estaba próximo a caer el ocaso. En plena pandemia, con mi familia, tomamos la decisión de mudarnos temporalmente a nuestra casa ubicada en un pueblo al sur del Tolima llamado Prado. De ser necesario podríamos viajar a Ibagué a cumplir con obligaciones o diligencias importantes. Realmente, nunca vimos eso como un problema. Me encontraba en aquel entonces finalizando décimo grado y era necesario renovar la matrícula para el siguiente año lectivo. Así que, como el pueblo quedaba cerca, viajábamos sin preocupaciones para cumplir con aquel compromiso de mi último año escolar y,de paso, estar de nuevo en nuestra ciudad después de varias semanas de ausencia.

Ese día mi hermana tomó el volante. Fui su copiloto y como de costumbre era la encargada de poner la música y de advertirle de algún peligro en la vía. Todo transcurría con absoluta normalidad. La tarde era fresca, la brisa recorría todo el carro y hacía que el trayecto cada vez se tornara más corto. Pasamos varios pueblos, veredas y variantes. Recuerdo haber visto algún edificio a lo lejos. Mi mamá dormía plácidamente en la parte de atrás. Hice una broma al respecto, mi hermana y yo reímos al unísono, nadie se había percatado de que mi mamá no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Minutos después despertó de su siesta y dijo un tanto asustada:

—Hija, ¿No crees que vas muy rápido?

Recuerdo voltear a ver la tabla de instrumentos para verificar la velocidad. Mi hermana hizo lo mismo. Al instante alcé mi mirada hacia ella, quien rápidamente contestó:

— No ma, voy a 80

Solo puedo decirles que desde ese día creo aún más en el instinto de las madres.

Estábamos a escasos minutos de llegar, unos 30 diría yo; pasamos una rotonda y mi hermana me explicó que los triángulos significaban ceder el paso. Creo que nunca olvidaré esa norma. Con exactitud no sé cómo ni porqué, pero para mí fueron segundos los que transcurrieron desde aquella rotonda, hasta el lugar del accidente. Después de investigar supimos que en realidad habían sido minutos ¿Cómo llega uno a perder así la noción del tiempo? hasta el día de hoy me lo sigo preguntando.

Sentí, literalmente, como si me hubiera pegado contra el mundo. Después de que el carro se desviara, se estrellara contra un montón de árboles, diera unas cuatro vueltas, por fin se detuvo y todas quedamos flotando con la cabeza hacia abajo. Solo con recordar ese momento se me eriza la piel. Entré en un estado de shock y no sentía mis extremidades. Recuerdo que por mis mejillas empezaron a rodar gruesas lágrimas de dolor y desesperación.

Nunca había sentido tanto miedo como el que experimenté aquel infortunado día. Sentí que pasaron varios minutos y nadie hablaba. Ahí creí que me había quedado sola y no era capaz siquiera de moverme. Mi hermana alivió mi pena cuando me miró y me soltó el cinturón que había causado una gran quemadura por fricción en todo mi pecho, parte del abdomen y la cadera.

El rostro de mi hermanita quedó grabado en mi mente, su mirada llena de pánico y terror, sus mejillas moradas y varias marcas rojas, sus gafas rotas, sus ojos con puntos de sangre. Me causó dolor como si fuera mi cuerpo. Mi mamá aún seguía sin hablar, para ser honesta tenía mucho miedo de preguntar y que no hubiese una respuesta de su parte.
Mi hermana en medio de su desesperación dijo agitada:

— Mami, mami, ¿estás bien? ¡Mami, mami, por favor contéstame!

Jamás podré borrar esas palabras de mi mente.

Sentí que mi corazón volvió a latir cuando mi mamá respondió:

—Estoy bien, ¿qué pasó?

Oír eso me quitó un peso de encima.

Los carros que venían atrás se detuvieron y nos ayudaron a salir. La primera fue mi mamá, después mi hermana y junto a ella Max, el perrito, mi mamá lo tomó en brazos y sintió sus últimos suspiros como si quisiera despedirse. Por último, salí yo pues estaba en la posición más complicada para ser rescatada. Mi respiración se agitó como nunca cuando vi que salía abundante humo de la parte delantera y yo no podía salir. Esa fue la primera vez por la que rogué un poco más de vida y desde allí descubrí la importancia de cada momento, de cada experiencia y de agradecer por la fortuna de Vivir.

Un señor me dijo:

—¡Tápese la cara señorita, de acá la sacamos como sea, esté tranquila!

Muy asustada obedecí estrictamente las indicaciones dadas por aquel hombre. Él, con un mazo, rompió el parabrisas e hizo un puente humano improvisado por donde me deslicé. Afuera, sin zapatos, con la ropa y gafas rotas, miré por tercera vez el cielo y supe que había sido un milagro, como de esos que uno ve en la tele y cree que nunca le va a pasar.

Max, mi perrito iba dormido en mis pies durante casi todo el viaje, se veía tan tranquilo y descansaba como nunca lo había hecho. Siempre lo recuerdo así, justo con esa imagen. Fui la última en tenerlo en mis brazos cuando disfrutamos de su alegría... era tan tierno. Le gustaba que lo abrazara y le permitiera sacar su naricita por la ventana, su olor, su ropita, su compañía aún permanecen intactas en mi mente y corazón.

Ese día estuve tan cerca de perder a las personas que más amo. Esto hizo que me cuestionara acerca de las formas en las que manifestamos nuestro amor y de cómo vivimos la vida.

Aquel accidente marcó mi vida para siempre a tal punto que durante meses no lograba sentirme tranquila dentro de un carro. Aún sigo luchando con ese trauma. Cuando uno experimenta ese tipo de sucesos se vuelve mucho más precavido y observador. Ahora cada vez que me subo a mi carro, miro al cielo, pido protección, seguridad para mi familia y para mí. Agradezco por la vida y me dispongo a manejar, pero siempre con la idea de que algo malo puede pasar.

Sandra Gutiérrez Abella

Me cosieron como a una muñeca de trapo

Laura Sofía Galindo Carrillo

Realizarse una reducción mamaria resultó ser más complicado de lo que esperaba, y es que toda esta “aventura” si es que así lo podemos llamar, comenzó el 19 de enero del año 2021, cuando alrededor de las 3:00 P.M me encontraba entrando por primera vez en mi vida a una sala de cirugía. Estaba nerviosa, claro, pero muy segura de lo que quería hacer. De repente, desperté gracias a un dolor infernal en la garganta el cual me dio la bienvenida a mi postoperatorio, Recuerdo que el doctor me empezó a hablar y a comentarme sobre las complicaciones que surgieron en mi cirugía. No tengo gran detalle de todo lo que me estaba diciendo, pero sí, que lo que al comienzo se había dicho que duraría alrededor de tres horas se extendió a seis horas. Mi piel estaba rasgada por el peso que había tenido que cargar durante tantos años, y la única forma en que “pegara” era enyesando esa zona. Así que, mi recuperación sería más extensa de lo esperado y debía de pasar la noche en el hospital con el fin de estar monitoreando mi situación. Sin embargo, mis desgracias no frenaron allí. Debido a la intubación, mi garganta se encontraba bastante lastimada, lo único que anhelaba en esos momentos era tomar agua, pero por alguna razón solo me darían una aromática, la cual una amable enfermera me brindó, pero con un solo sorbo que tomé, vomité la poca comida de la noche anterior que quedaba en mi estómago, y sí, vomité encima de mi yeso el cual tuvieron que limpiar rápidamente y mientras lo hacían me sentía la persona más inútil, pero esperen porque aquí no acaban mis desgracias.

Después de unos minutos debían de cambiarme de camilla, para que pudiera descansar cómodamente, así que me retiraron una cobija térmica que tenía y pude ver que me encontraba desnuda que lo único que me cubría era aquel yeso que me habían puesto. Mi dignidad cada vez se sentía menos pero no se podía hacer nada. Después de unos minutos, entre una enfermera amable y una doctora magnifica, me cambiaron de camilla y en el proceso vimos que había una mancha de sangre en las cobijas, me revisaron y se dieron cuenta que todo estaba bien, así que ¿De dónde salió aquella mancha? pues bien, mi maravilloso

periodo decidió adelantarse una semana, he hice lo que mejor me salé en los momentos donde siento demasiada presión, llorar como una Magdalena. Pero esta vez fue diferente, no podía hacerlo, me generaba presión en el pecho así que paré rápidamente y me quedé mirando el techo diciendo ¿Qué mierda he hecho? ¿Por qué en internet no te cuentan este tipo de cosas? Porque créanme, en todos los relatos que había visto o leído sobre reducción de senos, no contaba el sufrimiento que se venía, pero ya era muy tarde para arrepentirme, no podía hacer nada, me encontraba sola y agotada.

Así pasaron los días, debían de hacerme absolutamente todo, desde darme mi comida, ayudarme a sentarme o acostarme y hasta bañarme con paños húmedos, ya que no podía mojar el yeso. No fue una aventura muy agradable lo admito, no tenía privacidad, ni libertad y mucho menos me sentía bonita. Pero, aun así, tenía que seguir con mi vida normal y debía de iniciar mi semestre y sí, debía ir acompañada ya que no podía valerme por mí misma aún. En esta triste tragedia las que sufrieron fueron mi hermana Daniela y mi madre Edna. Ahora mi madre trabajaba, cocinaba, venía a clases, hacía los oficios de la casa y cuidaba de mí en conjunto con mi hermana que se encontraba bastante ocupada realizando su tesis. Así que se podrán imaginar lo caótico que eran esos días. Aun así, seguimos adelante con los altos y bajos del proceso.

Poco a poco, fui mejorando y después de dos meses podía mover mis brazos y me sentía feliz. Pensaba que ya todos mis problemas se estaban solucionando. ¡Y vaya, que error tan grande! resulta que la vida es algo drástica o quizá dramática conmigo, porque le encanta que me ocurran cosas tan peculiares, debido a que se me descosió una teta, para ser más precisos la derecha. Aquellos puntos que mantenían mi piel adherida se rompieron y, por lógica, tuvieron que volver a coserme como si fuese una muñeca de trapo. Pasaron los meses y me retiraron aquellos puntos, me sentía increíble poco a poco estaba recuperándome. Pero no, resulta que volvió y me pasó lo que me temía, se me rompió la teta otra vez y a ese punto me sentía demasiado de malas, pero no negaré que lo único que hice fue reírme de mi situación porque al fin al cabo no ganaría nada enojándome o sintiéndome mal de lo sucedido.

Pasaron los meses y por fin pegó mi piel, por así decirlo, recuerdo que se veía una piel muy delgada en esa zona, pero no me importaba ya había cerrado podía tocar y no estaba roto. De repente un día desperté con un gran dolor en aquella zona donde había tenido tantos problemas. Me quité mi brasier quirúrgico y vi sangre, mucha en realidad, pues si, por tercera vez sucedió, volvió a romperse

aquella tela de piel que tenía. Quizás pensarás qué mujer tan de malas y te diré quizá sí, pero esta vez no era necesario coger puntos, ya que, solamente la piel se rasgó y debía de usar una crema en esa zona para que fuera saliendo una mejor piel. Y pues bueno, esta travesía aún no termina debido a que sigo cicatrizando actualmente, pero algo que sí tengo seguro es que no se me romperá más mi teta derecha o bueno eso espero, y lo otro es que si te vas a hacer una cirugía no creas todo lo que dice en internet puede que tú seas tan peculiar como yo.

Layla Forero

Mi gran amiga la bici

Ana Lucia Vásquez Perdomo

Agosto, de 2016. Llegaron las fiestas a Altamira, mi pueblo, estaba muy emocionada por participar en el viernes cultural, hasta que, de repente, caí en medio del andén. Como es costumbre, todos los agostos se celebra la fiesta del patrono San Roque y los viernes se realizan actividades lúdicas como carreras de bicicletas, competencias de baile, juego de encostalados y demás. En el colegio, el profesor de educación física nos dijo que si participábamos en una de las actividades daría una nota apreciativa y muy emocionada me inscribí en la carrera de bicicleta junto con otras compañeras de curso.

El siguiente viernes, fui a clase y le informé al profesor sobre mi intención de participar. Al final de la jornada llegó el momento de la carrera. A las tres de la tarde nos dirigimos junto con mis compañeras y nuestras madres al punto de encuentro de las actividades programadas. La carrera constaba de tres vueltas al parque, me preparé y se dio inicio. Mi mamá me alentaba desde el lugar de meta y pedaleé rápido para tomar ventaja, iba muy concentrada en mi bici y en la última vuelta, llegando casi a la meta, no medí bien el espacio para dar la curva y choqué con el andén. El golpe fue muy fuerte y caí encima de unos pedazos de vidrio, uno de ellos muy pequeño se me enterró en la rodilla derecha, sentí como si hubiera atravesado mi pierna. Fue el peor momento de mi vida, me sentía frustrada porque sabía que no podría terminar la carrera.

Empecé a llorar desesperadamente pero por fortuna unos conocidos me auxiliaron, pues me encontraba lejos del punto de meta y no podía acudir a mi madre. Ellos me levantaron y me llevaron donde los organizadores y mi madre. De ahí partimos al centro médico más cercano para revisar mi rodilla. mientras nos dirigíamos al centro médico solo podía pensar que me tendrían que hacer una sutura sobre mi herida, de solo imaginarlo pasaba un escalofrío por mi cuerpo porque odio las agujas. Cuando llegué al hospital fui directamente a urgencias, allí me dijeron que no era nada grave, solo era un vidrio muy pequeño. Afortunadamente, no se cumplió nada de lo que pasaba por mi cabeza. Solo me desinfectaron el área donde tenía la esquirla y cuando lo retiraron sentí un gran

dolor, casi como si cortaran un pedazo de mi pierna. A pesar de las lágrimas, mi madre me pudo calmar. Al final, no fue nada grave solo fui un poco dramática y exagerada.

Al cabo de unos días, me recuperé y volví a montar bici, pero al hacerlo solo pensaba en que podía volver a caer y golpearme. Luego de seis años puedo montar mi bicicleta pero solo a una velocidad media, no me gusta ir rápido, siempre viene el recuerdo de mi caída y no me deja subir la velocidad. Este mismo hecho hizo que me volviera muy apática a todos los deportes relacionados con la velocidad, siempre imagino una situación en la que pueda salir herida, incluso no me gusta subirme a las motocicletas porque siento que volveré a caer y me pasará algo muy grave.

Sandra Gutiérrez Abella

Pasión de pequeña, rodillas de viejito

Dahian E. Ortiz Melo

Todo comenzó un 24 de diciembre del 2008 cuando a los seis años mi papá me regaló mis primeros patines. Jamás pensé que ese regalo cambiaría mi vida tan drásticamente. Recuerdo que aquellos patines eran unos semiprofesionales blancos con negro. Yo no esperé ni cinco minutos, me los puse y salí a patinar. Solía salir todas las tardes después de llegar del colegio. Pasaban los días y mis padres notaron un gran potencial en mí, todo esto los impulsó a inscribirme en una liga infantil de patinaje. A la edad de ocho años, que era la edad requerida, entré en mi primera liga de patinaje y la alegría emanaba de mi rostro cada vez que volvía de los entrenamientos. Conforme pasaba el tiempo fui mejorando poco a poco gracias al esfuerzo y a la disciplina que le puse. Llegué a participar en competencias municipales, departamentales, regionales, nacionales y, en algunas instancias participé en competencias panamericanas.

Como en toda historia no todo puede ser color de rosa. Durante toda mi carrera deportiva me topé con personas de mal corazón, personas llenas de envidia que no aceptan que otra persona que no sea ellos triunfé. Muchas veces me pasó que otras competidoras tendían a jugar sucio y al yo ser una buena patinadora, a estas personas de mal corazón no les importaba cómo yo terminara mientras el triunfo fuera de ellos. En una de esas ocasiones recuerdo que tenía 15 años recién cumplidos, estaba en un festival de patinaje en el Cauca, normalmente en estos festivales se seleccionan personas para ir a competir a otros lugares representando al departamento. Llegó el momento de la competencia grupal, estaba yo junto a otras niñas de mí misma categoría todas en nuestras posiciones en la línea de salida, cuando suena el pitido todas salimos a gran velocidad, al momento de faltar solo una vuelta para terminar, yo iba a la delantera con otras 3 niñas, siendo sincera, no creía poder adelantarlas y ganar, pero una de ellas quiso asegurarse de eso a toda costa.

Pasando una curva sentí que mi patín izquierdo se trabó y caí al suelo, pero antes di como tres vueltas en la pista, mi parachoques fue la baranda que recubría la pista, pero esta no me recibió con un gran abrazo, sino con unos fríos barrotes de metal que amortiguaron mi caída de una manera un tanto dolorosa. Después de todo el dolor y ser atendida por paramédicos fui trasladada a un centro de salud donde me dijeron que, mi codo y mi rodilla habían recibido gran cantidad del golpe, después de que me dieron de alta volví al hotel donde mi liga se hospedaba. Mis compañeras muy preocupadas me preguntaban cómo estaba, pero al verme con vendajes y el brazo recogido decidieron dejarme quieta y procedieron a contarme lo sucedido.

Resulta que una de las muchachas que estaba a mi lado en la competencia se acercó mucho a mí, cuando ya estaba a una leve distancia ella metió su patín en el mío, yo rodé y ella cayó en el pastizal del medio de la pista quedando ilesa, al finalizar la competencia ella fue amonestada y fue castigada con no competir durante siete años, todo esto por su conducta antideportiva. Por todo esto, yo me quedé sin competir y solo con entrenamientos leves por ocho meses, pero el daño en mi rodilla no sanó del todo, contando esa y muchas caídas más que tuve, actualmente puedo decir que un viejito de 60 años tiene mejores rodillas que yo.

Puede que parezca sorprendente, pero esto no es algo que me pasara solo una vez en toda mi vida, verdaderamente era algo muy común al competir en ciertos lugares. Después de este incidente Mientras estaba descansando las lesiones solo pensaba si al volver seguiría siendo la mejor. Si seguiría dando mi 100%. La angustia se apoderaba de mí y el miedo me ganaba. ¿Esta pasión que tengo desde pequeña está llegando a su fin? Sentía como el aura de temor crecía a mi alrededor. Me encontraba acostada en mi cama llorando de desesperación cuando mis hermanos se acercaron a mí, su manera de sacarme de mis pensamientos fue tirarme al perro que de por si no me quería, pero irónicamente les funcionó. Me dijeron que no me preocupara, que si ellos conocían a alguien que peleaba hasta el final era yo. Que los momentos de desesperación siempre van a existir pero que encontrar la salida y seguir adelante no era difícil a menos de que me centrara solo en eso. Sus palabras me ayudaron muchísimo, tanto que aun las sigo aplicando para los momentos de estrés de la universidad. Mi soporte de vida siempre han sido mis hermanos, sin ellos no sabría qué sería de mí.

Al recuperarme volví a la pista con la frente en alto y el orgullo intacto, con mis hermanos apoyándome como siempre. Cada accidente que he tenido en competencias ha sido una lección de vida para mí. A pesar de todo nunca me arrepentiré de decir que el patinaje es de las mejores cosas que me han pasado en la vida, así mismo no puedo culpar del todo al patinaje por tener rodillas de viejito, también están los scouts, el baloncesto y muchas otras actividades más, pero esas ya son otras historias que marcaron mi vida para siempre.

Edna Constanza García Melo

Palabra de Dios

Lica

Las mujeres fuimos
un dolor de estómago
en el paraíso

A Dios
la garganta se le puso
morada,
era tan grande
lo que venía,
que sintió necesidad
de cortarla a la mitad

Pensó que moriría
por falta de aire

Primero salió el reflujo,
luego pedazos de
pelo, uñas, senos,
hizo tanta fuerza
que creyó
que estaba dando vida

Todas salimos
de un solo quejido,
regadas por el suelo

Con ramas,
nos barrió hasta un barranco
sacándonos del Paraíso
hasta chocar en la Tierra

Cada vez que una
mujer grita,
Dios recuerda ese
dolor de estómago,
el alivio de tirarlo al vacío.

Layla Forero

Todo lo cambian por robots

Alex D. Cardozo

A Eduardo Laguna

A los perros a los gatos
a los futbolistas a las amas de casa
incluso a los amantes
a todos les tienen reemplazo
                Solo falta que algún distinguido científico
se le dé por reemplazar los poetas
por un tramado de cables y de hierro

Luego
¿quién dominará la tierra
cuando poetas
            se hayan ido?

cuando sean programados
y sus poemas
no sean accidentes de la naturaleza

cuando vayan por la calle
y ya nadie note su torpeza
sino que se asombren de su capacidad
para volar sobre cada piedrecita

cuando sus poemas
no sean dictados por seres extraños
sino por una computadora anclada a sus espaldas

cuando ya no huelan
la alegría
y no puedan saborear
alguna que otra depresión

cuando aquellos poetas
no creen belleza real
sino artificial

cuando tengan solo un idioma
y este no sea el de la poesía

como si no fuera pecado considerar
crear robots poetas
como si esto no fuera el propio apocalipsis

entonces
el poeta se partiría
cada hierro de su cuerpo

ahora tropezaría con cada piedra
ahora todo a su alrededor le hablaría
los árboles las ramas las nubes las piedras los perros
y cada uno de ellos
le dictaría un poema
Y así fracturado su cuerpo
inventaría miles de idiomas
Y así volvería a caer
en sus periódicas depresiones

Al parecer
no le quedará nada fácil al científico
crear robots poetas.

Sandra Gutiérrez Abella

Iba sola

Mónica Lucia Rozo Rey

Edna Constanza García Melo

Antibiografías

Argenis Ortigoza Duque

Sueña con una cascada de letras.

Natalia Sandoval

Ama ver lugares por primera vez. Guarda su asombro como palabras dentro de una libreta. Vive cazando historias en pueblos y busca pueblos en las historias para recorrerlos, lentamente.

Se esconde detrás de los cuentos, asoma su mirada entre palabras, se escuda en la fantasía para dar flechazos que no alcanza con sus manos.

Tiene una niña en el centro de su alma cantando para que no la olvide. Cree en la educación y jamás le apostaría a un gallo.

Laura Sofía Galindo Carrillo

Amo limpiar la casa, es mi terapia para el estrés del día a día. Además de que considero que nadie lava mejor la ropa que yo. Soy una profesional en hablar carreta con mi cabeza y reírme de mis propios chistes. Me considero una mujer peculiar y creativa que aún está intentando comprenderse.

Gabriela Olaya Gómez

A primera vista soy malhumorada y la verdad es que sí, pero mi alma pura y noble sale a luz de vez en cuando. Estudiante de derecho. Amante de las letras y la literatura. La familia como centro de mi vida. La música con sus versos me transporta a un mundo paralelo. Como buena universitaria que no duerme lo sugerido, disfruto de un buen café junto con la brisa y el canto de las aves.

Jennifer Catalina Serrano Murcia

Escritora frustrada. Nombrada oficialmente por sus amigos “la loca de las plantas y de los gatos”. Eterna rival del hígado encebollado, la ensalada de remolacha y el internet lento. No sabe cómo ser un adulto, así que renunció a serlo. Negociadora por oficio más no por pasión, porque de ser por pasión sería millonaria y viajaría por el mundo,

“Hable más pasito” es la frase que más ha escuchado en su vida. Es profesional en hacer pendejadas y tiene como mantra personal “el que tenga miedo a morir que no nazca”. La leyenda dice que tenía uñas pero le dio ansiedad y se las comió.

Alejandra Betina Gutiérrez Yépez

Veterinario. Un ser humano que entre rimas y rondas de animales, encuentra las curas más insólitas.

Mónica Lucia Rozo Rey

Solo voy a decir que son las 2:22 de la mañana y que prefiero la noche. Además, ahora soy mamá y es el único espacio que me queda. Es ocho de octubre y estoy desenredándome la lengua como si fuera el cable

Lica

No puedo tomar café. Y hace más de dos años tengo una lesión en el peroné que no me deja correr. A veces veo anime o cine. Y se me hace imposible pensar que una tiene un artista preferido para toda la vida, aunque yo lo tenga.

Hiony Sair Arenas

Esta temporada he reflexionado sobre la muerte. Pero no me siento con las tripas para escribirla, así sin más. Creo que antes hay que pensar y hablar sobre la sed, sobre la oruga que mira el ojo todavía abierto, y recordar que quedará un recibo por pagar, tal vez el de la luz. Por ahora no tengo el valor de escribir, “se murió”.

Elisabeth Vanessa Arias

Tengo 22 años y soy estudiante de Ingeniería Civil. Para mí es muy importante escribir, lo hago comúnmente para liberar una serie de emociones. Cuando lo hago reflejo todo lo que siento y lo que me gusta, es una forma de sincerarme conmigo misma.

John Kirkburth Trompa

Nacido en Cali Valle en 1962, adoptado en la ciudad de Ibagué, tierra que aprendí amar. Ex Cisnerista 1981 y ex Universidad de Ibagué en Administración Financiera 1987, Diseñador Gráfico, autodidacta en Física Cuántica, Diplomado en la ciudad de México, Mentalidad de Abundancia 2018, asistente al seminario de literatura e historia "Crónicas del Conflicto Político-Militar en Colombia: Territorio, ciudad y gentes del Banco de la Republica 2019, Taller: Rol de los medios de comunicación en la prevención del suicidio, Fundación Rescatando Vidas 2019, Taller: Manejo de información sobre el suicidio en el marco de los lineamientos establecidos por la OMS 2019, ensayista con libros como: Vaginas Deprimidas (las parejas se separan por desconocer sus sensaciones) Sentencia Fatal (el suicidio no es una salida). El Gen Egoísta del Tolimense, primer puesto en relatos cortos estímulos Alcaldía de Ibagué 2021 (una reflexión histórica, lo que nunca se ha contado). Preparado inteligentemente para los retos que la vida me presente, con una hija que amo.

Alex Duván Cardozo Gómez

Duván de lunes a viernes tiene encuentros cercanos con osos hormigueros, iguanas, uno que otro zorro y con la sonrisa de los mapaches. Esto le ocurre bajo la presencia silenciosa del Nevado del Ruiz y del Nevado del Tolima, estos prodigiosos seres montañosos, quienes testificarían que él es afortunado al recibir dichos regalos de la naturaleza.

Descalzos o en chancletas es una revista bimestral creada y publicada desde el año 2020 por La Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales de la Universidad de Ibagué. Esta revista pretende ser un camino para la expresión de emociones, pensamientos, sueños, miedos y necesidades de comunicación de los profesores universitarios en medio de la cuarentena y los cambios que se avecinan en el mundo.

La revista está convencida de que el uso de la palabra escrita para expresarse es el camino a los diálogos, los intercambios, las empatías, las simpatías y los reconocimientos. *Descalzos o en chancletas* quiere rescatar la palabra escrita como expresión humana y sensible, sin miedos y sin normativas académicas. Su espíritu es el rescate de lo más sensible y humano, la necesidad de ponerle ojos a las estadísticas, de pensar en las cifras con nombre y apellido, de dar paisaje a la teoría.

La revista recibe los siguientes tipos de texto: reflexiones, artículos de opinión, ensayos personales, artículos de expresión literaria, artículos artísticos o poéticos, sueños textualizados, cuentos, testimonios, crónicas, caricaturas o dibujos, cartas al editor, entrevistas, apuntes humorísticos, comentarios y reseñas de libros, películas, series.

Difusión: Se hará desde la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

Políticas de selección

La revista cuenta con un comité editorial que recibe los artículos y los clasifica en aprobado para publicación o aprobado con revisiones (en este caso un editor le asesorará en el proceso de revisión).

El texto escrito no debe tener más de cuatro cuartillas. En letra arial 12, espacio y medio.

El autor debe incluir una antibiografía que lo describa en su tiempo libre y que dé cuenta de lo que es desde el punto de vista del ocio.

Si quieres enviar imágenes solo trata que tengan una buena resolución y usa tu imaginación y creatividad.

Contacto para remisión de artículo e información: descalzosoenchancletas@gmail.com

Descalzos o en
chancletas